

es la Olimpiada —además de otras cosas, y aún hoy— una clara celebración del cuerpo y de su beldad activa y plena?

Hablando de las Olimpiadas —o de los otros juegos— no podemos olvidar a Píndaro de Tebas, ya nombrado, autor nacido en Beocia, como Hesíodo. Píndaro (522-448 a. de C.) es el primer autor lírico de la antigüedad del que se ha conservado un cuerpo de obra importante, no fragmentaria. Si bien de los 17 libros en que los alejandrinos —Aristófanes de Bizancio— recopilaron la obra del poeta sólo han llegado a nosotros enteros los cuatro libros que recogen los *Epinicios* u odas triunfales, en que se celebra la victoria de afamados atletas en alguna prueba deportiva de alguno de los cuatro grandes juegos ya mencionados. Píndaro gozó de gran fama en vida, y los antiguos, que le hicieron longevo, tejieron leyendas sobre su muerte, como la que —amante de los muchachos— le hace morir en un estadio, reclinada la cabeza sobre las rodillas de su joven amigo Teóxeno de Ténédos al que dedicó un bellissimo encomio:

En su justo momento debiste los frutos de amor cosechar,
oh corazón, en el tiempo de tu juventud.

Mas quien mirando a los rayos que destellan en los ojos
de Teóxeno, no siente el oleaje del deseo amoroso
en su alma, tiene forjado de bronce o de hierro
su negro corazón, en la llama de su frígida fragua,
desamparado de Afrodita, la de vivaces párpados. (...)

Píndaro viajó por diversas ciudades —llegó a Sicilia— aclamado y pagado por las cortes aristocráticas de los tiranos cuyo fasto y modo de vida —esa primogenitura de los mejores— en buena medida cantó. Como en España (pese a estar traducido desde el siglo XVIII, y a que brevemente lo trasladase ya fray Luis de León) no ha sido un autor muy presente o leído, suele creerse que sus epinicios son cánticos a atletas, sin más. No, son poemas, hechos por encargo, y cantados luego coralmente, con acompañamiento de música, en que se celebra a un vencedor de una prueba atlética, generalmente en tres partes. Por ejemplo en la *Olimpica I* a Hierón de Siracusa, vencedor en las carreras de caballos, con su corcel Ferenico en 476. A través de imágenes brillantes y rápidas el poeta evoca un mito, pues los juegos estaban consagrados a los dioses y celebraban a los héroes, y como sabemos, el vencedor se consideraba como el mejor según juicio de la propia divinidad. Después —a través de rápidas alusiones— se refiere a la victoria atlética concreta, y finalmente se canta al vencedor, emparentándole con sus antepasados —muy propio de una sociedad aristocrática— viéndole como flor y prez de su ciudad, y aún después —o mezclándolo con lo anterior— se pasa a consejos y sentencias morales, que la vejez de Píndaro fué haciendo mayores y más precisos. Todo ello —en una estructura oscilante, libre y vistosa— compone el himno triunfal. Veamos algunos versos de la *Olimpica I*, en la traducción Bádenas-Bernabé:

La perenne dicha cotidiana es lo más excelso que a cualquier mortal puede llegarle. Pero yo debo coronar a Hierón a los sonos del modo hípico, con la cadencia eolia. (...).

Un dios que tiene a su cargo el protegerte se interesa, Hierón, por tus desvelos. Y de no ser que pronto te abandone, espero celebrar otra ocasión más grata aún por la rapidez de tu carro, cuando encuentre una senda que encauce mis palabras, llegado al pie de la colina eminente de Crono.

Parece que el Píndaro más viejo fue más melancólico, acaso porque el mundo aristocrático que él había cantado comenzaba a hundirse y llegaban vientos democráticos de Atenas. Pero detrás de la complejidad —más breve o larga— de sus epinicios ¿qué veremos —repito— sino la beldad del cuerpo, el fasto de una sociedad arcaica y lujosa? Jóvenes replandecientes al sol, coronada su larga melena —si eran adolescentes— de verdes hojas. Fulgor de cánticos, música y palabras. Plenitud de una carne joven y noble, que celebra la belleza. Cuando hoy —como en los días de Píndaro— asistimos a una prueba atlética, más allá de las consideraciones sobre el esfuerzo y de la fortaleza moral del vencedor (de sus músculos tensados por la voluntad) seguimos viendo el esplendor del cuerpo, y recordamos lo que el poeta decía en la corta *Olimpica XIV* al jovencito Asopico de Orcómeno, invocando a las Gracias: *Con vuestro auxilio realizan los mortales cuanto hay de tierno y dulce: ser sabio, bello o famoso.* ¿No es eso alta civilización?

Si los epinicios son una celebración del cuerpo teñida de moral, el epicureísmo es una búsqueda del placer, vestida asimismo de moral. Epicuro de Samos —que floreció alrededor del 300 a. de C.— es uno de los filósofos más denostados de la Antigüedad, porque pocos de manera tan sistemática y tenaz se dedicaron a poner el placer —su concepto del placer— por encima de todo. En pleno imperio macedónico, y tras haber estudiado filosofía y servido dos años como efebo en Atenas, Epicuro se trasladó a Mitilene y luego a Lampsaco —patria de Anaxágoras— donde abrió escuela y comenzó a rodearse de discípulos, que después se trasladaron a Atenas, centro de todas las escuelas filosóficas del momento, donde se instalaron, siempre humildemente, en una casa con jardín, por lo que aquella secta pasó a denominarse *la escuela del jardín*. Seguidor de las doctrinas materialistas de Demócrito y de la actitud hedonista de Aristipo de Cirene, Epicuro, viviendo siempre retirado y ajeno, se dedicó a construir un cuerpo doctrinal cuyo objetivo básico era el bienestar del hombre. Epicuro vivió siempre rodeado de sus discípulos en un modo de vida que sería exagerado decir *comunista*, pero que sí se puede llamar comunitario. Epicuro enseñaba a sus discípulos el conocimiento riguroso de la realidad, para desterrar el miedo, que es uno de los grandes impedimentos a la vida dichosa. El mundo es una materia compuesta de átomos que en su choque producen las sensaciones y formas que vemos. Y ya que no hay más que átomos y vacío, ni los dioses intervienen para premiar o castigar, ni tenemos por qué temer una vida atormentada después de la muerte. Desterrado el temor a la muerte, y conocedor de la realidad esencial del mundo —que Epicuro explica en detalle siguiendo a los jonios— sólo queda gozar del bienestar, que consiste (inicialmente) en que nada nos perturbe, en la *ataraxia* del ánimo. Hay que vivir apartado, ajeno, retirado de la política, entregado a la meditación, a la contemplación, al sano placer moderado del cuerpo, que va del vientre a la inteligencia, y por supuesto a la amistad. En el riguroso sistema materialista y de bien vivir epicúreo, hay dos realidades, más inmateriales, que quedan discreta o sabiamente por encima: los dioses y los amigos. Para Epicuro los dioses, a los que respeta, también están compuestos de átomos, pero son seres aparte que por vivir en una total felicidad y beatitud están lejos de los humanos. Epicuro es deísta, y juzga que, puesto que son dichosos, en nada puede alcanzarles la infelicidad ni siquiera la de los hombres. Viven en una suerte de limbo dorado. En cuanto a la amistad,

viene a ser un valor eterno, algo fuera de la caducidad, y es el gran fuego que caldea al hombre. Epicuro elevó el papel de la amistad (ya sabemos que los epicúreos vivían comunitariamente) porque él mismo la practicó con abundancia. Creyó que era un ingrediente básico de la felicidad, y que el hombre retirado, con sus amigos y en ellos, hallaba bienestar, tranquilidad, comunicación, paz, intercambio. Y quizá si Epicuro escribió en epístolas, es porque este género va destinado preferentemente a amigos e implica pues esa relación comunitaria, ese fuego íntimo, que Epicuro equiparó, o aún engrandeció, por encima de la divinidad. Eduardo Schwartz definió muy bien el epicureísmo: *Es una religión de las almas serenas que buscan apartamiento*. Pero como, pese a su radical bondad, el epicureísmo era una revolución al predicar la huida del mundo y el deísmo, los enemigos de la secta de Epicuro propagaron la idea de que su materialismo era de raíz vulgar, que se trataba del mero ideal de comer, beber y fornicar, sin nada para el rincón espiritual del ser. Y así el romano Cicerón pudo hablar de *los cerdos del rebaño de Epicuro*. Pocas filosofías vitales como la de Epicuro buscaron más la paz y la serenidad, llegando casi al quietismo. Epicuro, ciertamente no desdeñó los placeres del cuerpo —no podía desdeñar ningún placer— pero los quería moderados, atemperados, suaves, no fuese que su reverso supusiera la intranquilidad. Su tono queda reflejado en este fragmento en que trata de alejar el miedo a la muerte: *¿Por qué suspiras y lloras? Si ha sido amable tu vida, si todo el bien que has poseído no se te ha escapado como el agua de un cántaro roto, ¿por qué no te levantas del banquete como huésped harto y te tiendes tranquilamente en el descanso, que ya nada perturba? Y si se te ha escapado todo aquello de que disfrutaste y tu vida no es más que dolor e infelicidad, ¿por qué deseas nuevas pérdidas, y no prefieres acabar con tu vida tus sufrimientos?*

Si recapitulamos brevemente podemos percatarnos de que —hablando desde la raíz y desde el eje radical y fundacional de la civilización mediterránea— lo que hemos visto, matizado, no está lejos de lo que constituye aún la base arquetípica de la mediterraneidad. Exaltación pindárica del cuerpo y de un entorno de luz. Gusto por el placer del amor y de la juventud en Mimnermo. Pasión, hedonismo y tolerancia en el fuego —miel de Anacreonte. Paz física y refinamiento mental en Safo, y paz espiritual y gusto secreto por el deleite en Epicuro ¿Cómo definiríamos a una civilización así? Y después ¿sigue siendo esa la civilización que hoy vivimos? Todos los rasgos básicos que hemos visto conducen, en efecto, al amor y al cuerpo, pero aunque frecuentemente sensuales (¿y por qué íbamos a estar contra la sensualidad?) nada tienen que ver ni con la pornografía ni con la falta de norma. En el placer se busca la belleza y la exquisitez que no está negada por lo sencillo. Se busca la serenidad, pero nunca se está lejos de la pasión. Y en el cuerpo se apetece la juventud, y ese halo de bienestar y tranquilidad ociosa que suele acompañar a aquélla. La civilización mediterránea —la civilización clásica— fue una civilización del *placer* y del *cuerpo*, entendiendo estas palabras en un sentido generoso y rico. Es verdad que el mundo alejandrino y el romano llevaron muchos de los presupuestos que hemos contado hacia la desmesura. El célebre banquete de Trimalción que cuenta *El Satiricón* de Petronio y la alegre búsqueda sexual que se percibe en muchos de los epigramas eróticos de la *Antología Palatina*, confirmarían —sin dramatismo— a los denostadores de Epicuro, pero las bases de *cuerpo* y *placer* no variaron. Y sólo comenzaron a hacerlo cuando a partir del reinado del emperador